

RITUAL DEL DEGÜELLE

Obra en un acto de Guillermo Schmidhuber de la Mora
gschmidhuber@yahoo.com

Personajes:

La Madre, sesentona, sola y prematuramente vieja.

La Esposa, cuarentona, harta de vivir en matrimonio.

La Hija, adolescente casi mujer, ingenua.

El Hombre, cuarentón, tan macho y hermoso como un caballo de sangre.

No hay tiempo calendárico, pudiera ser un pasado ignoto o un futuro impredecible; ni tampoco un lugar específico. Su vestuario es andrajoso y debe ser atemporal. Los parlamentos siguen la poética del *escuchante* porque no fueron escritos como son enunciados, sino como los pudieran escuchar unos oídos creadores. Hay dos entradas a ese hogar, una comunica con el exterior y otra con un campo interior.

ACTO ÚNICO

Entra intempestivamente el Hombre. La Esposa está sentada en un arrimadero —sillón, sofá, tarima—, mientras zurce una rota vestimenta de varón. Al lado de la mujer está un gran cesto de costura con madejas de hilos, pelotas de estambres y unas largas tijeras penetrantes, que deben ser claramente visibles para el público.

Esposa.— ¿Por qué no viniste a dormir anoche?

Hombre.— (*Sin dar importancia.*) Nos pusimos a beber los muchachos, se nos pasaron las copas y me quedé dormido.

Esposa.— (*Seca.*) Te estuve esperando.

Hombre.— (*Insolente.*) ¿Para qué? ¿Para pelearme como ahora?

Esposa.— (*Conciliatoria.*) Pudo haberte pasado algo.

Hombre.— Lo que no te hubiera dolido mucho.

Esposa.— (*Iracunda.*) ¡Contigo, ni de buenas ni de malas!

Hombre.— Conmigo, ni mejores ni peores. Todo me da igual.

Se hace un silencio. La esposa reanuda sus labores de zurcidora, mientras reflexiona.

Esposa.— ¿Qué nos pasó? Así no éramos.

Hombre.— Siempre fuimos llevados por la mala, no sé de qué te quejas.

Esposa.— De que nos hayamos convertido en esto.

Hombre.— ¡Basta de melodrama! A esto llegan todos los matrimonios, se llama el degüelle del amor.

Esposa.— (*En ataque.*) Pero yo despierto sola todas las madrugadas y tú despiertas acompañado.

Hombre.— Esa puerta nunca tuvo llave. Ya no eres tan bella que yo quiera entrar, ni tan fea que no haya quien te invite a salir.

Esposa.— ¿Cómo te atreves?

Hombre.— Mirada de macho sabio.

Esposa.— (*En ataque franco.*) ¡A mí no me engañas, lo leo en tus ojos cuando miras a la niña!

Hombre.— Primeramente ya no es una niña; y en segunda, me recuerda a ti, la mujer de la que me enamoré hace mil años.

Esposa.— ¡No te atrevas a tocarla!

Hombre.— Antes de ser hombre son padre.

Esposa.— Antes de ser hombre, deberías ser esposo.

Hombre.— Lo femenino nos persigue hasta cuando nos apresan, por eso la policía pone esposas en las muñecas, nada de maridos.

Esposa.— ¡Harta es lo que me tienes!

Hombre.— Harta de las mil veces que hemos hecho el amor, harta de que hemos vivido bajo el mismo techo tantos años, harta...

Esposa.— (*Interrumpe.*) Todo lo que digas, se aplica igualmente a ti. Consorte significa suerte de dos y cónyuge es yugo llevado por dos. ¿De qué te sorprendes?

Hombre.— (*La abofetea.*) ¡Me estabas pidiendo esto! ¡Un hasta aquí! Las mujeres no saben en dónde parar.

Esposa.— ¡Ay, me pegaste! ¡Nunca lo habías hecho antes! (*Gimotea.*)

Hombre.— ¡Aprecia las veces en que me contuve!

Esposa.— ¡Y las mías en que yo no te maté!

Hombre.— ¡A ver! ¡Pégame en la boca con el puño cerrado! ¡Patéame en la espinilla como futbolista traidor! ¡Golpéame en el sexo con una patada de karateca! Pero aquí, mi corazón, es intocable para ti.

El Hombre señala triunfante el centro de su pecho. Con rara agilidad, la Mujer toma las enormes tijeras de su costurero y se las clava en donde apuntaba el Hombre su corazón. El movimiento es tan rápido que él queda estupefacto y de pie. Ella saca la tijera y por un instante duda, luego vuelve a otro tizeretazo, y luego otro más. El Hombre cae hincado y mira a la asesina con desconcierto.

Esposa.— ¡Rehúso ser la abandonada! Estas heridas son por las atrocidades de que me enteré y estas de la espalda por las que no supe (*Le da tres tajos más en la espalda. El Hombre cae.*) ¡Siempre te quise ver así, a mis pies! (*No hay sangre. Con dificultad recarga al moribundo en el arrimadero. El Hombre da un prolongado estertor y fallece.*) ¡No mueras tan rápido! ¡Espera un poco más y sufre!

La Esposa trae una sábana y cubre el cadáver. Se sienta en el suelo y apoya la cabeza en las piernas del muerto que quedan ocultas. Suspira aliviada. Pasa un tiempo indefinido, aunque para el reloj del público sea un instante. La puerta principal se abre lentamente y aparece una chica fresca y dulce con gran semejanza a su madre, veinte años atrás.

Hija.— ¿Llegó papá?

La Hija se acerca a su madre, la besa en la frente y la ayuda a incorporarse.

Esposa.— Llegó de malas como siempre.

Hija.— No me cuentes más, lo que tú no puedes zurcir, en vano me lo confiesas.

Esposa.— Tu padre sobrepasó mi límite.

Hija.— ¡Pues abandónalo!

Esposa.— ¿Dejarlo solo con sus demonios? Antes cada día que pasaba creía que lo salvaba un poco, hasta hoy en que llegó a ser una víctima propiciatoria.

Hija.— ¿Qué es eso?

Esposa.— En la Biblia era el mejor animal que sacrificaban a Dios.

Hija.— Papá nunca será una víctima.

Esposa.— ¿Y esto qué es? (*Con un movimiento rápido retira la sábano y la Hija contempla horrorizada al padre muerto.*)

Hija.— ¡Lo mataste!

Esposa.— No me creías capaz, ¿verdad?

Hija.— (*Sin dolor.*) Lo venciste.

Esposa.— Y ¿por qué no lloras?

Hija.— No sé, será por la sorpresa.

Esposa.— Anoche no llegó a dormir.

Hija.— ¿Y?

Esposa.— Llegó en la mañana y pavoneó su desfachatez.

Hija.— ¿Y?

Esposa.— Pensé que si ya no era mío, que no fuera de nadie más.

Hija.— Pero fuiste la mujer de su vida.

Esposa.— ¿Yo y cuántas otras? Pero explícame ¿por qué no lloras?

Hija.— No lo sé, acaso porque para mí también será un descanso.

Esposa.— Vi en sus ojos su deseo, algunas noches rondaba tu cama por horas, hacía ruidos casi sordos para que despertaras, y ahí frente a ti se tocaba. ¡Remátalo tú, se lo merece! (*La Hija mira las tijeras que le ofrece la madre, las toma y duda. La madre de la muchacha queda estupefacta.*) ¡Tú también lo odiaste!

Hija.— *¡Me tocó!... fingía estar dormida y no darme cuenta.*

La madre guía la mano de la muchacha y juntas le da un piquete al cuerpo y el puño lo retuercen para hacerlo más profundo. Luego la hija retira la mano como si los ojos de las tijeras le quemaran. La madre lentamente retira la mano.

Hija.— Era un hombre enemigo de sí mismo. No supo ser esposo, ni hijo, ni padre, pero tenía un ángel...

Esposa.— Tenemos que sacar el cadáver y enterrarlo.

Hija.— ¿Y si nos descubren?

Esposa.— Será fácil, diremos que se fue al norte a trabajar y que nunca regresó.

Hija.— Mejor hubieras dejado que se fuera.

Esposa.— El que es flojo aquí, lo será así allá.

Hija.— Pero en ese espacio lejano, ya no sería el tuyo.

Esposa.— Aunque deseaba liberarme, nunca me creía capaz.

Hija.— Ahora me siento incorpórea, como si no pesara.

Esposa.— Así es como me siento yo, ¡libre al fin!

Hija.— ¿Y la abuela?

Esposa.— Tenemos que hacerla cómplice.

Hija.— Pero es... era su madre.

Esposa.— Pero ella también odió a su marido. Ayúdame a cubrirlo bien. (*Entre las dos cubren ritualmente el cadáver con la sábana. No hay manchas de sangre.*) ¡Ve por ella y veremos qué sucede! (*La Hija va a salir por la puerta exterior con precipitación, cuando la madre dice:*) ¡Pero no le digas nada!

Hija.— (*Regresando el rostro.*) ¡No podría!

Cuando ha quedado sola, la Esposa dice este monólogo sin rencor.

Esposa.— Ésta será la última vez que estaremos a solas. Tú me podrías reprochar muchas cosas, pero yo te recrimino la seducción y tu abandono, ¡tuve que hablar con mi suegra para decirle que estaba embarazada, ella me dio cobijo porque había sufrido la misma experiencia! Durante mi embarazo descubrí tus infidelidades, y cuando nació la niña, no te importé. ¡Todo era para ella! Y si no, ¡era para tu madre! Fuiste su eterno niño. Y tu esposa ¿qué? Aunque vivíamos juntos, ya no convivíamos. Sexo a veces porque así como tú me habías forzado ahora yo te forzaba. A veces ni acababas porque venías copado. ¿Palabras de ternura?, sólo en la noche en que fui tuya...

Se abre la puerta y entran la Hija y la Madre.

Madre.— (*Catastrófica.*) ¿Pasa algo malo? La nena no quiso decirme nada.

Esposa.— Llegó el final, su hijo se ha ido.

Madre.— ¿Al norte? ¿Sin despedirse? Me lo temía. No quiso decirme adiós porque sabía que lo iba a detener. A una madre nada se le niega.

Esposa.— ¿Y a una esposa?

Madre.— Tuviste una hija y eso te hace madre, pero nadie es verdaderamente madre hasta que pare un hijo varón.

Esposa.— ¿Aunque el hijo le salga maldito?

Madre.— ¡El mío fue bendito!

Esposa.— ¿Cómo lo puede perdonar si fue responsable de la muerte de su esposo?

Madre.— ¿Qué se le iba a hacer? Tenían el mismo nombre y los confundieron.

Esposa.— Y mataron al inocente y no al culpable.

Madre.— (*Defensiva.*) Mi hijo es y será siempre inocente.

Esposa.— Lo que se llama inocencia, nunca llegó ni a sospecharla.

La vieja busca con la mirada apoyo en la nieta.

Madre.— Que la inocente, si ella quiere, sea la que lance la primera piedra.

Esposa.— Eso ni ella ni usted.

Madre.— A mis años, eso ya no importa.

Hija.— ¡Abuela, nos espera algo terrible! Debemos estar más unidas que antes.

Esposa.— Hoy quedé viuda, mi hija huérfana y usted sola.

Madre.— Mi instinto de madre me dice que volverá, a lo mejor no vuelve contigo, pero a mí nunca me abandonará.

Esposa.— Mire estas tijeras. (*Muestra las terribles tijeras.*)

Madre.— Las tijeras toledanas de mi abuela, yo te las regale.

Esposa.— ¿Y por qué son tan grandes?

Madre.— Con ellas, mi abuela cortaba las tormentas, decía “Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita. Santa Bárbara doncella, líbranos de la centella y del rayo mal parado”. Y el cielo la obedecía.

Esposa.— Pues con estas tijeras cortamos el hilo de la vida de su hijo.

Madre.— Mi hijo no tiene hilos, no es títere de nadie.

Esposa.— Siempre pendió del cordón umbilical.

Madre.— ¡Mentira! Ése lo vi cortar el día en que nació, no lloraba y yo temía que hubiera nacido muerto; y en ese instante escuché su llanto con lágrimas de vida. Antes éramos un ser y ahora él lloraba porque nos habían separado.

Esposa.— Hoy va a llorar lágrimas de muerte.

Hija.— ¡Mamá, no!

Esposa.— ¡Prepare los ojos para este espectáculo!

La esposa retira la sábana y el espectáculo del cadáver aparece.

Madre.— ¡Hijo mío!, ¿quien te hizo esto?

Madre.— ¡Fui yo y fue su nieta!

Hija.— ¡Abuela, yo no quería!

La Madre se acerca al cadáver, le arregla el pelo y lo besa en la frente y baja hasta posar sus labios en la muda boca.

Madre.— (*Con gran pathos.*) ¡A mi marido me lo mataron y a mi hijo también! Pertenzo a una estirpe maldita. (*La nieta se arrebuja con la abuela.*)

Esposa.— En cada generación, hay un mata-mujeres, que se casa con una que resulta parricida y juntos engendran una estirpe fraticida. Este juego se llama la familia feliz... Matarlo fue fácil, más sencillo que abandonarlo. (*Mira a su suegra.*) Fue maldito con todas, hasta violó a su nieta.

Hija.— Eso es cierto, abuela, me tocó varias veces.

Esposa.— (*Sigue dialogando con la vieja.*) El tenerme de mujer y acostarse con varias amantes, no le bastó, quiso también con la hija. Por eso, en este rito de sangre, le pedí a su nieta que le encajara las tijeras del odio. ¡Fue valiente y lo hizo! (*Mira a la muchacha con orgullo.*) ¿Verdad, hija?

Hija.— (*Llora.*) ¡No quería, pero mi madre me guió la mano!

Esposa.— Ahora le toca a usted.

La Esposa le ofrece las tijeras a la Madre.

Madre.— ¿Yo? ¿Lastimar a mi hijo? ¡Nunca!

Esposa.— Recuerde cómo lo engendró.

Madre.— Me abrí de piernas y eso fue todo. Tenía marido, ¿qué iba a hacer?

Esposa.— ¿Y la gonorrea?

Madre.— ¡Maldita, un día en confianza te lo confié!... Fue su gonorrea y fue mi gonorrea, ¿qué tienes qué reclamar?

Esposa.— (*Lleva la cuenta.*) ¡Va una! ¿Y qué pasó el día en que nació su bebé?

Madre.— No recuerdo más que los dolores de parto.

Esposa.— ¿Cuántos días pasaron para que llegara su esposo a ver al recién nacido?

Abuela.— No los conté.

Esposa.— ¿Cómo de que no? Había cumplido el niño un mes cuando regresó de festejar. ¡Van dos!

Madre.— Pero aún el bebé no gateaba.

Esposa.— Y luego la llenó de ponzoña. En vez de mamar, mordía sus pezones hasta sacarle sangre. ¡Van tres!

Madre.— (*Ríe.*) Es que había nacido con dientes, pero yo nunca me quejé. ¿Cómo lo supiste?

Esposa.— (*Mira a la Hija.*) Sobró quien me lo dijera. (*Mira a su suegra.*) ¿Quiere que siga? O mejor usted diga si tiene alguna cuenta que saldar con tu querido hijo.

Madre.— ¡Nada le reprocho!

Esposa.— Eso ya lo sé, y nunca aprobé su silencio. Nosotras, las mujeres, tenemos que huir de los tres derroteros que los hombres nos dejan: la casada, la quedada y la abandonada.

Madre.— ¿Qué voy a decir? Las desveladas de niño... las pendencias de hombre... (*Levanta los hombros y mira a la Esposa.*) Pensé que iba a sentar cabeza contigo, pero no fue así.

Esposa.— La cabeza pensante, más o menos la sentó, pero la otra cabeza no la sentaba sino la acostaba con cualquier ofrecida.

Hija.— (*Leyendo el pensamiento de la Madre.*) ¡Madre, no es necesario...!

Esposa.— Tiene ella que hacerlo, es la única forma de silenciar nuestros demonios.

Hija.— Abuela, ¿verdad que no vas a decir nada? Lo enterramos en el campo de atrás y diremos que papá se fue al norte... Nosotras podemos comenzamos una nueva vida.

Esposa.— ¡Tome las tijeras, levántelas y dé un tajo, y quedará liberada para siempre de tanto dolor! Con sangre limpiará la estirpe, como usted dice.

Madre.— Para lavar las heridas, primero hay que hacerlas.

Esposa.— Será fácil, su nieta la ayudará. (*A la hija.*) ¡Ten las tijeras! (*La Hija duda en tomar el instrumento cortante.*) ¡Esto corta el diluvio de las lágrimas y detiene el trueno de las tormentas!

La Madre toma la mano de la Hija, le hace sujetar las tijeras, busca la mano de la Madre, la encuentra, y juntas las tres manos se levantan, como si las tres iniciaran el movimiento o, acaso, sólo una.

Esposa.— Cierren los ojos, concéntrense en su dolor, hay que limpiar todos los resque-
mores. A la de una (*Las manos se levantan más.*), a la de dos (*Se tensan los cuerpos.*), y a la de tres (*Dan el zapa tijeretazo sobre el pecho del difunto.*) Ya es sólo un saco de huesos inanimados. Cuando tres mujeres matan a su hombre, no es crucifixión, sino liberación... ¡Ahora, somos libres!

Como si fuera las tres gracias deambulan alrededor del cadáver. Intempestivamente, los celos de la Esposa la impulsan a lanzarse contra el cadáver. En sus manos encrespadas lleva la enorme tijera, por la cabellera agarra la cabeza del muerto e intenta degollarla en medio de grandes resoplidos. No hay sangre. Lucha por terminar la infausta faena y lo logra con sorpresiva facilidad. Levanta al cabeza en señal de triunfo.¹

¹ Nota para el Director: es una cabeza de tramoya —aunque bien hecha—, mientras la verdadera queda cubierta por la sábana, pero se dibuja el cuerpo inmóvil.

Esposa.— ¡No le debemos ni una lágrima! No las mereció mientras vivía... Lo enterraremos en el campo abierto, como a un perro, y sanseacabó. (*La Esposa repara en los labios besables del cadáver y se le prende, para luego escupir asqueada.*)

Hija.— ¡Mamá, no!

Esposa.— Es parte del rito de la libertad, debemos despedirnos. ¡Es tu turno, hija!

La Hija, trémula, se acerca.

Hija.— Nunca me besó en la boca. Él quería pero yo me contuve.

Esposa.— (*Celosa.*) ¡Por tu culpa, él metió sus infidelidades a mi casa!

La Hija besa la mejilla y pasa la cabeza a la abuela.

Madre.— (*Dirige su parlamente a la muchacha.*) Solamente a ti te hacía caso, si tú no pudiste con él, menos nosotras. Se parecía a su padre, olía igual cuando sudaba, igual la barba picaba en mi mejilla al besarme. A ambos se les cayó el pelo, pero sus carnes nunca se volvieron flácidas. Tocar a mi hijo era toca a mi marido, eran iguales, sus espaldas siempre estaban duras como en erección.

Esposa.— ¡Saquémoslo al campo!

Hija.— ¡Abuela, ya no tenemos escapatoria!

Madre.— (*Habla con cariño.*) Quiero besarlo antes de que se lo lleven. (*Toma la cabeza, le arregla un poco el pelo con cariño y le quita unas gotas de sudor.*) ¡Mi hijo, mi niño, nunca llegaste a ser viejo, algo de bueno harías que mereciste la eterna juventud! (*Besa la mejilla y besándola alcanza el clímax de la boca.*) ¡Nunca percibí la juventud en los besos de mi marido! (*Coloca la cabeza sobre el sudario.*)

Las tres desgracias arrastran el cuerpo y juntas inician mutis. La cabeza desmembrada ha quedado olvidada sobre el arrimadero, sus ojos están cerrados y tiene el color cerúleo de la muerte. También ha sido olvidado el gran sudario.

Hija.— Somos una trinidad de brujas.

Madre.— Yo soy la diosa madre...

Esposa.— Yo, la diosa mujer...

Hija.— (*Sonríe graciosa.*) Y yo la paloma.

Oscuro paulatino hasta negro. Tras unos instantes acaso demasiado largos, la luz regresa paulatinamente. Primero se ilumina la cabeza desmembrada, que aún está sobre le arrimadero; sorpresivamente sus ojos parpadean una vez, dos veces. Y con voz de timbre irresistible, el difundo inicia el parlamento siguiente.²

Hombre.— Matarme no fue labor fácil porque han muerto conmigo, como yo también sobrevivo en ellas. ¿Por qué me han perseguido? ¿Por qué no aprendieron a vivir sin mí? Yo no decidí que mi madre me pariera; ni elegí a mi esposa porque nos casaron a la fuerza; ni escogí a mi hija, porque yo quería un varón. ¡Todas me manipulaban y luego querían que fuera feliz! ¡Les pertencí a todas, pero a ninguna del todo! Si el amor no es eterno, ¿cómo pueden exigir que conmigo lo sea?... Todas mis mujeres fueron peldaños para subir al cadalso.

Cuando nací, tuve que llorar para decir que estaba vivo, pero después esas lágrimas me fueron prohibidas. ¡Los hombres no lloran!, me decían, y yo me las sorbía. Crecí y ya no supe llorar. Cuando quise amar, ¡que no, que eres un niño!, ¡que no, que es tu hermana!, ¡que no, que es un hombre!, ¡que no, que es de otra clase! ¡Pero cástate

² *Notas para el Director. Opción 1: En el oscuro, el Hombre regresa y se introduce dentro del arrimadero, retira la cabeza de tramoya y presenta al público la propia. Opción 2: Otro actor había permanecido tras el arrimadero desde el inicio de la obra y fue quien prestó el cuerpo para escenificar al cadáver después del degüello y fue el cuerpo sacado de la escena por las tres mujeres, mientras, aprovechando el oscuro, el actor del Hombre se escondía tras el arrimadero y sacaba la cabeza por un agujero que mira al público.*

por las tres leyes: doblégate a la de dios, conlleva la ley de la costumbre y resígnate a la jodencia!

¡Y yo insistía en amar! Quería un hijo y sólo llegó una niña, pero cuando me besaba esa niña, la sentía mujer. Celos, de todas, y verdadero amor, de ninguna. Me hice hombre y me llovieron las tentaciones. ¡Que no quería, que sí quería! Todo fue un rosario de decepciones. Nada llegó a ser perfecto, ni completo, todo fueron desencuentros... Unas parecían diosas y otras diablasas, pero todas me repatriaban a ser simplemente un hombre, ¡pero yo quería ser a la vez héroe-ángel-demonio!

¡Degüelle antes o degüelle después, esa es la cuestión! No importa que hagas de todo o que no hagas nada. Habité dentro de una mujer que me parió y me crió, penetré a muchas creyendo que renacía, pero me hundía cada vez más. Luego procee una hija y descubrí con horror que era ella a la mujer que más amaba. ¡He vivido en una cárcel con mujeres por carceleras!

Las tres me asesinaron, pero desde lejos muchos puños femeninos, conjuntaron esa fuerza. (*Dirige su parlamente al público del escuchar creativo.*) “¿Quién mató al Malhechor? Fuente Hembruna, señor”. ¡Mi madre me sorbió la infancia! ¡Mi esposa se las arregló para separarme de todas, hasta de ella! Y por mi hija crucé la frontera del amor y con horror la hice mía. ¡Pero nadie ha saciado la sed de mujer que tengo!

Durante el monólogo, la luz fue desapareciendo hasta que sólo ilumina ahora la cabeza. Oscuro total como si el tiempo hubiera muerto.³ Vuelve la luz y el público constata que la cabeza ha desaparecido; también el sudario.

La puerta exterior se abre intempestivamente y entra el Hombre, “vivito y coleando”, como en el inicio de la pieza. El público deberá concluir que no hubo crimen. El final de la pieza debe ser gozoso.

Hombre.— ¡Mujeres! ¡Mujeres!, ¿dónde están? (*Las tres mujeres se asoman estupefactas y ven al hombre vivo y sonriente.*) Traigan agua pare refrescarme que vengo acalorado. (*Con rapidez la Esposa toma una palangana y la Hija una jarra con agua; mientras el Hombre se saca la camisa y queda con el dorso desnudo, se inclina y ofrece el rostro y los brazos a la fresca acuática. Luego, se sacude como lo haría un animal recién bañado, mojando a las tres mujeres, sin que el varón los note. La Esposa le ofre-*

³ Nota para el Director: En este oscuro, el actor que personifica al Hombre sale de escena.

ce una toalla, la toma sin dar las gracias. Repara en su Madre.) Mamá, ¿qué haces aquí tan temprano?

Madre.— Quería verte, hijo. *(El Hombre besa la frente de su madre con ternura.)*

Hombre.— *(Repara en la Hija.)* Hija, te miro los ojos tristes.

Hija.— No, papá, estoy contenta de volverte a ver. *(El Hombre acerca los labios a los de la hija y pasa a besar su mejilla.)*

Hombre.— Y tú, mujer, no dices nada.

Esposa.— No has desayunado, ¿verdad?

Hombre.— ¿Dónde desayuno más rico que en mi hogar? ¡Es hermoso volver a casa y encontrarme con las tres mujeres de mi vida! *(Nota los sentimientos de las mujeres.)* ¿Alguna tiene algo en mi contra que quiera decirme?

Madre.— Hijo, eres la única razón que tengo para desear que la vida se alargue.

Hija.— Papá, me has enseñado tanto... contigo comprendí lo que es un hombre.

Esposa.— ¿Qué puedo decir? En medio de la noche odio, pero al amanecer perdono.

Hombre.— *(No ha escuchado ninguna de las tres respuestas.)* ¿Qué sería de mí si no las tuviera a mi alrededor amándome tanto?

Las tres mujeres besan al Hombre con fruición, mientras el macho alfa sonríe complaciente y arropa a sus mujeres con ardientes arrumacos. Fin del ritual del degüelle.

Argentina, mientras cenaba

13 de noviembre de 2013